



HOMILÍA

Rvdmo. P. Abad, Dom Anselmo Álvarez Navarrete

Viernes Santo
6 de abril, 2007

“Vivo de la fe en el Hijo de Dios que sufrió hasta entregarse por m”. Tal es la confesión de S. Pablo ante el misterio de Cristo en la Cruz (Gal 2, 19). Tras él han sido innumerables los hombres que han profesado y vivido esta misma fe.

Fue una entrega por el hombre, por cada hombre, que nadie ha igualado ni en el sufrimiento y el dolor ni en el amor. El profeta de la pasión, Isaías, le contempló tan ‘desfigurado que no parecía hombre ni tenía aspecto humano; ante Él, añade, los reyes cerrarán la boca al ver algo inenarrable y contemplar algo tan inaudito’ (Is 52, 15). La lectura de la pasión nos ha acercado a la visión de este sufrimiento, y también de este amor: “nadie ama más que el que da la vida por sus amigos”. Nadie ama más que el que se da sin restricción ni medida, con apasionamiento y libertad totales; con la donación de sí y de todo lo suyo: “en esto se hizo visible el amor: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que nos diera la vida”: la vida verdadera, la del espíritu y la gracia, la presente y la eterna.

Alguien ha escrito que la agonía de Cristo durará hasta el fin de los tiempos, mientras algunos, o muchos, sigan gritando a coro: “no queremos que éste reine sobre nosotros”. De hecho, pocas veces alguien ha sido insultado, maltratado y ridiculizado como Jesús; nadie lo es hoy como Él. Él mismo no puede impedir que “el mensaje de la cruz sea necedad para los que están en vías de perdición, mientras que para los que están en camino de salvación sea fuerza de Dios” (1Cor 1, 18).

Ante la actitud tan extendida de rechazo que todos percibimos, impulsado como entonces por los dueños del poder y los fabricantes del pensamiento, Jesús vuelve a preguntar con palabras que desnudan toda hipocresía: “por qué queréis matar al hombre que os ha dicho la verdad?”. Ahora ya no pueden matar al hombre, pero sí intentar anular su memoria y su doctrina, y extinguir la libertad y la voluntad de amarle. Lo que ayer y hoy parece que no perdonamos a Cristo es precisamente esa verdad de Dios que denuncia las que nosotros ponemos como soporte del nuevo evangelio y del nuevo reino humanos.

La fe del cristianismo afirma que en la Cruz fueron vencidos el pecado y la muerte, y que en ella tuvo lugar la reconciliación entre Dios y el hombre; la fe del hombre moderno quiere creer que en la cruz fue vencido un falso mesías, con sus teorías sobre el pecado y la ley moral, y que la tarea que nos espera en este tiempo es la

organización de este mundo bajo nuestros principios. De esta forma quedaría eliminada la eficacia de la Cruz, convertida en símbolo de un pasado sin retorno.

Pero la Cruz tiene una relación directa con el pecado: en ella Cristo “se hizo pecado por nosotros” (2Cor 5, 21), “traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes” (Is 53, 5). Si en ella y por ella hay reconciliación y redención es porque hay pecado, y porque el pecado está en contradicción esencial con Dios y con el hombre. El misterio de la Cruz nos pone ante al contraste radical entre la consideración que Dios y el hombre hacen del pecado.

Para afianzar la nuestra nos hemos fabricado una conciencia a nuestra medida, que dictamina libremente lo bueno y lo malo y juzga los propios actos al margen de criterios que procedan de una norma superior y que, a veces, ni siquiera pueden considerarse racionales. “Levantaron contra Dios sus propios estandartes”: levantamos nuestras opiniones, costumbres y leyes, convertidas en baluartes desde los que nos queremos hacer fuertes contra los mandamientos divinos y abolir con ellos la noción de pecado.

Pero el precio pagado por él en la pasión y muerte de Cristo es el testimonio decisivo sobre la realidad del pecado. Un precio que deja sin argumentos nuestras opiniones y actitudes frente a él. La pasión no fue un exceso gratuito. El rescate del pecado supuso el sacrificio del Hijo de Dios. El pecado debilita o rompe el vínculo entre la criatura y el Creador, desgarrar la armonía de la creación, desestabiliza el orden del amor, que es el orden de la creación, e ignora o hiere ese amor del que proviene, en el que se alimenta y que constituye su destino presente y eterno.

Y sucede que cuando el pecado sobrepasa sustancialmente al amor y se instala de manera estable entre los hombres, la sociedad y la misma creación alcanzan un punto crítico en el que, o bien recuperan la tendencia opuesta, o bien se sumergen en la contradicción consigo mismas y en la nada. El pecado es, naturalmente, el enemigo del hombre. Es su negación: le afirma aparentemente ante sí mismo, pero le opone a Dios.

Ni el hombre ni el mundo pueden sostener indefinidamente esta rebelión contra Dios, mantenida en el interior de las conciencias y en el seno de la vida colectiva. Por eso, cuando Dios expiró la naturaleza se estremeció y las tinieblas se extendieron por toda la región, las rocas se resquebrajaron, y los símbolos máximos de la nación que había pedido su muerte se rasgaron de arriba abajo.

Todos nosotros observamos cómo, en torno a nosotros, la historia se agita precipitadamente, casi alocadamente, convulsionando no sólo las sociedades humanas sino la propia naturaleza. El mundo se hará inhabitable en la medida en que avanza la expulsión de Dios. Enemistados con Dios, los hombres no serán más hermanos, como algunos nos dicen, sino más inhumanos, como en la historia de Caín y Abel, y la naturaleza se revolverá por la ausencia de Dios, su Creador, y por el eclipse de su imagen en el hombre.

Esto es lo que sucede en la creación. La creación siempre es ‘buena’ en sí misma porque es obra de Dios. Pero esa bondad, en la que fue creada para nosotros, se puede eclipsar si el hombre no sabe mantener en ella su dignidad, si renuncia a su razón de ser en el mundo, porque entonces el mundo pierde también su propia razón de ser.

La naturaleza sabe cuándo está habitada por un ser amigo o enemigo de Dios, porque ya desde el principio sufrió en sí misma las consecuencias del pecado. Tampoco la tierra aguanta ya el azote del hombre, y se asfixia en esa conspiración contra la imagen divina del hombre y de la naturaleza. Por eso también ella se revuelve, porque no puede soportar la ausencia de Dios

Pero “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Rm 5 20). La Cruz es fuerza de Dios: salvación, victoria, fortaleza, vida para el mundo. Es “poder de Dios para la salvación” (1ª Cor, 18) En ella se cumple: “lo débil de Dios es más poderoso que los hombres (1Cor 1, 25). De hecho, anulado y muerto en la Cruz, Él ha roto las puertas del infierno, porque estaba predicho: “Dios reinará desde el madero”. “Él reinará por los siglos de los siglos” (el ángel a María), ante todo sobre el pecado y la muerte, sobre el mal y las tinieblas, sobre la mentira y el infierno.
